

Francis Fukuyama: Su polémica contribución a la filosofía de la historia

La aparición del libro *El fin de la Historia y el último hombre*, de Francis Fukuyama el año pasado, ha constituido un revuelo de la crítica, aunque a decir verdad, la polémica ya estaba más que servida desde la aparición de su primer artículo en el verano de 1989 *¿El fin de la Historia?*, publicado en la revista *The National Interest*. Fuertes intereses hicieron posible que el artículo tuviera amplia difusión en el mundo occidental, pero lo que le dio aun una mayor irradiación fueron las voces que se elevaron en el mundo entero contrastando y casi casi ridiculizando su tesis sobre el final de la historia. En España, revistas especializadas, periódicos en su sección literaria, imitando al *Time*, como *El País*, *ABC*, *El Independiente*, etc.¹, intervinieron de pasada en la polémica. Fukuyama preconiza el triunfo del liberalismo en el campo de las ideas, y a través de él profetiza y

1 *Time*, 'Has History Come to an End?', 4 de septiembre de 1989. *El País* recoge, el día 24 de septiembre de 1989, el artículo de Fukuyama, '¿El fin de la historia?'; el 21 de diciembre de 1989, en la sección *Temas*, con el título «El triunfo del liberalismo», aparecen una serie de artículos: 'Respuesta a mis críticos', de F. Fukuyama; 'El comienzo de la historia', de Noam Chomsky; 'La historia no acaba aquí', de Pedro Schwartz; 'El tedio implacable', de Vicente Urbistondo; 'La trampa Fukuyama', de Artemio Baigorri; 'El fin de la prehistoria', de Ludolfo Paramio. *ABC*, 3 de abril de 1992, 'El fin de la Historia sigue estando cercano', de Francis Fukuyama. *Independiente*, 16 de enero de 1990, 'Fukuyama, Paramio: historias y prehistorias', de M. M. Chicarro; 'La historia no termina ni llega el aburrimiento', de Alberto Ballarín.

vislumbra «un estado universal y homogéneo», «un nuevo orden», aunque falte todavía su realización plena en el orden material; el final de la historia puede que sea «triste y aburrido»; en él tendrán valor y efectividad la libertad, la liberación, la emancipación, el bienestar, la paz, el estado universal y homogéneo; todo esto es lo que la humanidad había aspirado conseguir durante infinidad de siglos. Serán tiempos nuevos para hombres viejos.

La tesis provocativa que mantiene en el artículo *¿El fin de la Historia?* es que la democracia liberal, como forma de gobierno, constituye el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y, por tanto, «fin de la historia». Hegel, Marx, Kojève, son los mentores propiamente dichos de la tesis de Fukuyama; en ellos se inspira para interpretar los acontecimientos, buscando la «racionalidad» y proponer «el fin de las ideologías» y, por tanto, «el fin de la historia». El ocaso de la historia significa, como repite una cuantas veces, no el final de los sucesos o acontecimientos mundiales, que no pueden acabar, pues cabe la posibilidad de conflictos nuevos, sino el último paso de la evolución ideológica de la humanidad y de la universalización de la democracia liberal occidental como forma de gobierno.

El legado que nos ha dejado culturalmente el marxismo ha sido el de encadenarnos a la excesiva sobrevaloración de la economía para la interpretación de cualesquiera acontecimientos, ya sean históricos, políticos y sociales; es hora que volvamos al campo del conocimiento, de las ideas, es decir, de la ideología y la cultura. «Si no se entiende que las raíces del comportamiento económico pertenecen al campo del conocimiento, se cae en el error habitual de atribuir causas materiales a fenómenos que por su naturaleza son esencialmente ideales»².

Como la tesis del fin de la historia supuso una fuerte oposición en los medios intelectuales de Occidente, Fukuyama salió al paso, numerosas veces, en el mismo año de la publicación de su primer artículo, de malentendidos y acusaciones³. El primero y más común fue, según él, «la persistencia en no comprender o aceptar el uso que hace Hegel de la palabra *historia*... La idea de que la *historia* puede

2 '¿El fin de la Historia?'

3 'Respuesta a mis críticos', *El País*, 21 de diciembre de 1989.

tener un final solamente debería sorprender a quienes no están familiarizados con la tradición hegeliano-marxista». Aunque, evidentemente, «nadie está obligado a utilizar la definición hegeliana, pero tampoco nadie tiene en propiedad el derecho exclusivo del término». El segundo es una acusación, el de ser un reclamo de la política exterior de la Administración norteamericana en cuyo departamento trabaja. El tercero, salir al paso de un desprecio, el de tildarle de ingenuo y cándido por creer que los logros de la democracia liberal son logros finales. El cuarto malentendido se refiere a la irónica interpretación que se le ha hecho del párrafo final del artículo: «El fin de la historia será un tiempo muy triste. La lucha por el reconocimiento, la disposición a arriesgar la propia vida en nombre de un fin puramente abstracto... se verán sustituidos por el cálculo económico y la respuesta a las sofisticadas necesidades del consumidor. En la pos-historia no existirá ni arte ni filosofía; nos limitaremos a cuidar eternamente de los museos de la historia de la humanidad. Personalmente, siento, y me doy cuenta de que otros a mi alrededor también, una fortísima nostalgia de aquellos tiempos en los que existía la historia».

Fukuyama, en las distintas réplicas desde finales del 1989 hasta la publicación del libro aparecido en 1992, se reafirma en la misma tesis analizando cada uno de los frentes que se han opuesto al liberalismo moderno: los fascismos, el comunismo, el fundamentalismo islámico, el nacionalismo y algunas otras ideologías nuevas que desconocemos todavía. «Nuestra conciencia democrática-igualitaria es en cierto modo una adquisición permanente; es tan parte de nuestra *naturaleza* fundamental como lo son nuestra necesidad de dormir o nuestro miedo a la muerte». Fukuyama es consciente que el liberalismo tiene también sus fallas, y una de ellas evidentemente es que deja a las personas «a su aire» y «que el vacío que constituye nuestra libertad se puede llenar con cualquier cosa: indolencia y autocomplacencia, moderación y valor, deseo de riqueza y preocupación por el beneficio comercial, amor por la sencillez y búsqueda de belleza, trivialidad y espiritualidad...»⁴.

4 'Respuesta a mis críticos', *El País*, 21 de diciembre de 1989.

De todas las maneras, en el artículo titulado *El fin de la Historia sigue estando cerca*⁵, dice «que uno de los hechos más llamativos en el primer debate “¿El fin de la Historia?” fue que ni un solo crítico adelantó la idea de una sociedad fundamentalmente distinta de la democracia liberal contemporánea, y al mismo tiempo mejor que ella».

En otro artículo *¿Estamos en el fin de la historia?*⁶, reconoce que «aún no estamos, sin embargo, en el otro lado de la historia. La propagación de la democracia liberal no ocurre automáticamente o de manera lineal. Individuos y gobiernos tendrán que intervenir activamente para conseguirla... América puede jugar un papel extremadamente importante prestándoles ayuda en su proceso de transición... Es responsabilidad de Europa y América, en beneficio de sus propios intereses a largo plazo, dotar a esos países con los medios que les permitan reunirse con nosotros en el fin de la historia». El modelo liberal democrático capitalista y el modelo cultural occidental se han convertido en la referencia universalmente aceptada y deseada. De modo que «Estados Unidos ha creado una cultura de consumo verdaderamente universal que se ha convertido, a la vez, en símbolo y fundamento del Estado homogéneo universal»⁷.

Desde la publicación del primer artículo hasta la aparición del libro *El fin de la Historia y el último hombre* han pasado casi tres años⁸. Durante éstos parece como si Fukuyama se haya envalentonado y empecinado en las mismas ideas, explayándose en ellas, dando como fruto este libro, de casi quinientas páginas, en muchos capítulos reiterativo y, en la última parte del libro, presentándonos el último hombre, que apenas había esbozado en su primer artículo. En el prólogo del libro ya nos previene: «El presente libro no es una repetición de mi artículo original, ni trata de continuar la discusión con los numerosos críticos y comentaristas de dicho artículo. Aunque el libro esté influido por recientes acontecimientos mundiales, su tema vuelve a una cuestión muy vieja: si al final del siglo xx tiene sentido

5 Publicado en *ABC*, 3 de abril de 1992.

6 *ABC*, 21 de mayo de 1992.

7 '¿El fin de la Historia?'

8 Título original, *The end of History and the last man*, traducción de P. Elías, Editorial Planeta, Barcelona 1992.

que hablemos de nuevo de una historia direccional, orientada y coherente, que posiblemente conducirá a la mayor parte de la humanidad hacia la democracia liberal»⁹.

Hace un repaso de los intentos que se han dado en la humanidad para encontrar «normas con significado en el desarrollo de las sociedades humanas». Fue el cristianismo propiamente tal el que introdujo un sentido y un final a la historia; los acontecimientos particulares de la historia adquieren sentido en relación con la salvación final. Después la historia estuvo unida al progreso (enciclopedistas). «Las tentativas más serias de escribir historias universales fueron, sin embargo, las de los alemanes de la tradición idealista». Kant propuso la idea en un ensayo de 1784 *Idea para una historia universal desde el punto de vista cosmopolita*. Sugiere que la historia tendrá un final, esto es, la realización de la libertad humana. Creyó que el motor no era propiamente la razón sino el mecanicismo egoísta creado por la «sociabilidad asocial» del hombre, el cual le conduciría a dejar la guerra y alentaría a la unión de todos los hombres para llegar a la paz perpetua. Tal proyecto de Kant fue después completado por Hegel. A la pregunta propuesta por Kant de si es posible escribir una historia universal desde el punto de vista cosmopolita, la respuesta provisional de Fukuyama es que sí¹⁰.

Con la interpretación de la historia de Hegel, mediatizada por Marx y, especialmente, la interpretación que Kojève hace de Hegel, con dos ingredientes más, como son «la lógica de la ciencia moderna», por una parte y la «lucha por el reconocimiento» por otra, Fukuyama ya tiene todo preparado para que la utopía se realice, porque para él estos elementos vienen a ser el verdadero motor de la historia que va a conducir al triunfo final de la razón. La historia está regida interiormente por un lógica, donde «la astucia de la razón» inexorablemente hará efectiva la caída de los regímenes totalitarios tanto de derechas como de izquierdas.

Que la ciencia ha dado pasos de gigante, que la ciencia ha creado una tecnología potentísima que sólo la ostentan los países ricos, y

⁹ *El final de la Historia...*, p. 13.

¹⁰ O. c., p. 187.

que ella ha contribuido a la desaparición de los países comunistas, en especial la Unión Soviética, es algo obvio: «los que no fueron derrotados por una tecnología militar superior, se vieron seducidos por el brillante mundo material que la ciencia moderna ha creado»¹¹. Pero Fukuyama cree que ella no ha sido el único elemento de perturbación de la caída del comunismo, ya que no son suficientes el deseo y la razón si no se les añade otro que Hegel esgrimió con bastante importancia en la «figura» del amo y el siervo, esto es, «el reconocimiento», que es el equivalente a lo que ya antes Platón estableció en la *República*, el ánimo, el valor, el coraje, características estas propias de los soldados, y que como tales correspondían propiamente al alma irascible. Este es el *thymos*, el que Fukuyama tomará como un factor decisivo en el desenlace de su trama de la historia; el *thymos* como la fuente del propio valer, como autoestima, que exige que los demás lo valoren de acuerdo con su sentido del propio valer, (Maquiavelo habla del deseo humano de gloria; Hobbes, de orgullo o vanagloria; Rousseau, de *amour propre*; Alexander Hamilton, de amor a la fama... Hegel, de reconocimiento, y Nietzsche, de la “bestia con mejillas sonrosadas”» pág. 231). Pero el *thymos* puede ser también piedra y origen de muchos conflictos humanos. Junto al deseo de reconocimiento (*thymos*) está el deseo de ser reconocidos como superiores ante los demás (*megalothymia*) y el deseo de ser reconocido como iguales a los demás (*isothymia*); estas dos manifestaciones de reconocimiento, según él, ayudan a comprender la transición histórica a la modernidad.

Este es el armazón que Fukuyama nos muestra para llegar al «Estado universal y homogéneo». Y esta es también la visión que tuvo Kojève, según Fukuyama, «cuando afirmó que la América de posguerra o los miembros de la Comunidad Europea constituían la encarnación del Estado del reconocimiento universal de Hegel»¹².

«Al llegar al final de la historia no quedan ya competidores ideológicos serios para la democracia liberal. En el pasado hubo quienes rechazaban la democracia liberal porque la consideraban inferior a la monarquía, la aristocracia, la teocracia, el fascismo, el totalitaris-

11 O. c., p. 187.

12 O. c., p. 281.

mo comunista o cualquier ideología en la que creyeran. Pero ahora, fuera del mundo islámico, parece haber un consenso general que acepta la pretensión de la democracia liberal de ser la forma más racional de gobierno, o sea, el Estado que satisface más plenamente ya el deseo racional, ya el reconocimiento racional»¹³. Si esto es así, ¿por qué no se ha instalado la democracia en todos los países? y ¿por qué tenemos la sospecha de que ciertos regímenes que se proclaman democráticos es probable que no sigan siéndolos? «El éxito y la estabilidad de la democracia liberal nunca depende simplemente de la aplicación mecánica de una serie de principios universales y de leyes sino que requiere cierto grado de conformidad entre pueblos y Estados»¹⁴.

La última parte del libro titulada «El último hombre» es la consecuencia del fin de la Historia. Pero Fukuyama se pregunta si una vez establecida en el mundo la democracia liberal podrá sostenerse indefinidamente o, por el contrario, se derrumbará a causa de podredumbres internas¹⁵. La contestación a este interrogante podría provenir no, como dice Revel, de la tiranías fuertes y decididas, sino del peligro de la naturaleza del mismo hombre; en efecto, si la democracia liberal final cincela o esculpe un tipo de hombre «sin pecho», un tipo de hombre carente de *thymos*, «que abandona la orgullosa convicción de su propia valía en favor de una confortable autoconservación»; un hombre satisfecho, en busca de las más «nimias comodidades mediante el cálculo a largo plazo de su propio interés»¹⁶, este hombre dejará de ser humano, porque será un miembro indiferenciado del Estado universal y homogéneo. La democracia liberal no ha resuelto aún la función de este último hombre. Por eso cree que la mayor amenaza para la democracia liberal vendría de la falta de *thymos*.

Nietzsche creyó que cierta dosis de *megalothymia* era una condición necesaria para la vida. La vida democrática la necesita no solo en la actividad económica sino también en la actividad política y en

13 O. c., p. 289.

14 O. c., p. 291.

15 Para Revel las democracias tienen un gran peligro interior, la cleptocracia.

16 O. c., p. 24.

cualesquiera de las actividades de la vida, tanto en la sociedad competitiva como en los deportes, sea el alpinismo ... y la carrera de coches. El anhelo de buscar el reconocimiento como superior es algo vital en las sociedades, si bien ese anhelo actualmente ha cambiado, desde el reconocimiento como conquistador de imperios y países de antaño al reconocimiento como superior en la conquista del Anapurna o en cualesquiera de los trofeos deportivos internacionales. No obstante, las sociedades democráticas están sumergiendo esta dosis justa de *megalothymia* y, a su vez, están consagrando la presunción de que todos los hombres han sido creados iguales.

Tanto Tocqueville como Hegel propusieron la vida asociativa como uno de los elementos relevantes del Estado moderno. Siendo como es la vida asociativa en la sociedad civil una escuela para el aprendizaje de la política democrática, sin embargo, no deja de ser más confortante el reconocimiento más individual que la comunidad hace que el reconocimiento totalmente impersonal que hace el Estado. Si la vida de comunidad es la mejor garantía en las democracias para que los ciudadanos no se conviertan en últimos hombres, la misma vida de comunidad se halla amenazada en las sociedades democráticas por los mismos principios que las alientan, esto es, el principio de igualdad y libertad. Esta decadencia de la vida comunitaria es la que puede convertirnos de verdad en los últimos hombres, seguros, complacientes con nosotros mismos, carentes de anhelos *thymóticos*. También puede hacernos todo lo contrario, «que volvamos a ser los primeros hombres enfrascados en combates sangrientos por un prestigio sin sentido»¹⁷.

Fukuyama reconoce que las pasiones o las ambiciones en las democracias liberales no provocarán como antaño guerras militares, lo que pueden provocar serán «guerras metafóricas», que acabarán generando situaciones de supremacía y de poder tan intensas, eficaces, y acaso más feroces, que las guerras militares: reparto artificial de mercados, fusiones de multinacionales, juegos monetarios, supremacía y dominio de los medios de información y comunicación, radicalizaciones en los diálogos, inmigraciones en masa, etc., etc.

17 O. c., p. 435.

Fukuyama cree, como defendió Hegel, que la guerra, prescindiendo de todo elemento militarista, es uno de los elementos importantes, por su efecto secundario, para la formación del carácter del hombre y la conservación de la comunidad. Sin él (entiéndase guerra o sacrificio; *thymos*, en otras palabras) los hombres se ablandarían y la comunidad degeneraría en una masa informe de egoísmo hedonista.

Ese último hombre necesita mostrarse a sí mismo que sirve para algo más que para disfrutar de la vida satisfactoria. Hegel, lo vimos hace un momento, apunta a algo que Kojève no entendió, que la paz y la prosperidad en el final de la historia no satisface a la humanidad.

Fukuyama se atreve a lanzar esta suposición: «¿qué ocurriría si el mundo se hubiera llenado, por decirlo así, de democracias liberales, de modo que ya no queden tiranías ni opresiones dignas de tal nombre contra las cuales luchar?»¹⁸. Pues bien, según la experiencia nos confirma, si no existe una causa justa contra la que combatir, sea esta la paz y prosperidad porque ya se poseen, el hombre buscará motivos para luchar contra esa paz y prosperidad; en definitiva, contra la democracia. Fukuyama aporta pruebas para explicar que el aburrimiento con la paz y la prosperidad ha tenido consecuencias graves en la historia. Si el liberalismo ha subordinado el *thymos* al deseo, aliándolo con la razón en su forma de ciencia natural y ha engendrado un exceso de *megalothymia* que ha conducido a graves cataclismos mundiales, su experiencia le confirma que actualmente en América del Norte no es motivo de preocupación porque los jóvenes actuales que llenan las facultades de derecho y administración de empresas están más cerca del último hombre que de reavivar las pasiones del primer hombre. Son jóvenes para los que la idea liberal llena su vida, les ha dado un confort espléndido, una ambición sana, y de consuno, en ellos apenas se detectan ansias insatisfechas o pasiones irracionales que acostumbran atisbar en otros regímenes por detrás del joven que estrena su primer bufete¹⁹. La democracia liberal da plena satisfacción a las tres partes del alma platónica, la razón,

18 O. c., p. 437.

19 O. c., p. 445.

el deseo y el «thymos», es decir, la razón, como en la República platónica, manda en el *thymos* y lo convierte en un aliado del deseo.

Termina el libro con una parábola que resume el problema planteado a ese hombre final de la historia: la humanidad se parece a ese conjunto de carretas que para llegar a la ciudad tienen que pasar la difícil cordillera, unas llegarán a la ciudad, otras serán destruidas y quemadas por los indios, otras tomarán caminos alternativos, la gran mayoría terminarán llegando a ella con un caminar lento, sin embargo una vez que las familias han llegado a la tierra añorada, esperada y deseada, cabe la duda razonable que sea esa la tierra que habían soñado.

Nuevas voces se han unido a la tesis de Fukuyama, aunque con otros matices distintos; me estoy refiriendo al libro «*La regain démocratique*, de Jean-Francois Revel²⁰. Revel está de acuerdo en el fondo con la tesis de Fukuyama, sin embargo piensa que esa tesis es más una victoria moral y virtual que una realidad concreta²¹. Coincide con Fukuyama que el liberalismo aparece como el mejor sistema político y social conocido hasta hoy y que el mundo entero ha tomado conciencia de ello, pero no cree en el automatismo de su implantación, porque no cree en ningún proceso dialéctico que suplante a la acción de los hombres. En política, como en las ciencias y las letras, sólo el hombre trabaja²². «La historia concierne a individuos particulares, no a procesos abstractos»²³. Pero la mayor debilidad de las democracias es su incapacidad de defenderse contra las tiranías.

Hemos visto en estos últimos años cómo nuestro planeta se está transformando, cómo el orden bipolar de hace unos años ha muerto, cómo el comunismo se ha desintegrado y diluido y cómo el Oriente surge como un nuevo factor de poder. Que el mundo vive hoy a un ritmo de cambio planetario, de interdependencias es cada vez más

20 Traducido al castellano, con el título *El renacimiento democrático*, traducción de Manuel de Lope, Plaza Janés/Cambio 16, 1992; Jean Francois Revel había publicado *Ni Marx ni Jesús*, Plaza Janés, Barcelona 1971. *La tentación totalitaria*, Plaza Janés, Barcelona 1976; *El Estado megalómano (La grace de L'Etat)*, Planeta, Barcelona 1981; *Cómo terminan las democracias*, Planeta, Barcelona 1983.

21 Revel, o. c., p. 31.

22 Revel, o. c., p. 41.

23 Revel, o. c., p. 39.

claro. «Si bien es perfectamente cierto, en general, que sólo escogemos aquellos hechos que guardan cierta relación con una teoría preconcebida, no es cierto que escojamos los hechos que conforman la teoría y que, por así decirlo, la repitan»²⁴.

Ramón Tamames²⁵ esgrime la tesis de que la humanidad ha ido construyendo su propio destino hacia un nuevo orden mundial. Efectivamente, la senda crítica de la razón nos conduce hacia el Gobierno de la humanidad. Aunque actualmente existan penurias, amenazas de toda clase, sin embargo, ya existen las bases o trama, si se quiere, del Gobierno mundial: desde una lengua que va siendo cada vez más común, desde una información a escala universal, a una cultura asemejada en todas los países, a una técnica común, constituyen el armazón para ese nuevo orden mundial en tres frentes: ecológico, económico y político. Tal gobierno lo concibe más como «una estructura de poder y de adopción de decisiones, destinada a preservar la seguridad colectiva internacional, la bioesfera del planeta, el intercambio y el desarrollo económico». Un nuevo orden mundial, que no será ni unipolar, ni productivista ni hegemónico de nadie. Es el viejo sueño de la humanidad que Kant especificó en la paz perpetua, la cual un día reinará porque la razón prevalecerá sobre la fuerza, sobre la guerra.

Daniel Bell²⁶ descarta que en la historia exista un solo esquema conceptual que defina las pautas de la historia. Se pueden adoptar el de Hegel o Marx, como el de Weber o el mismo que los historiadores del arte aceptan para explicar el paso del barroco a neoclasicismo. Al analizar los últimos cincuenta años de la historia detecta al menos cinco cambios básicos que determinan las bases materiales de la situación actual: el primero es el fin del comunismo soviético; el segundo, tan importante como el primero, es el fin del colonialismo y el imperialismo; el tercero, la degradación del poder de las industrias pesadas mediante el cambio tecnológico, en lo que se ha llamado «reducción de dimensión»; el cuarto es la emergencia de los países del Pacífico (Japón, Corea, Taiwan, Malasia, Indonesia...); el

24 K. Popper, *La ciudad abierta y sus enemigos*, Orbis, p. 422.

25 *Un nuevo orden mundial*, Espasa-Calpe, Madrid 1991.

26 'Liberalismo, tecnología y dimensión ideológica', *ABC*, 21 de junio de 1992.

quinto es el nacimiento de una economía global que ha obligado a la reorganización de todas las estructuras económicas y ha cambiado la naturaleza de los mercados. Sobre todo este último, del cual se deriva una «tendencia a la organización económica continental. Pero, por otra parte, a nivel social, las personas empiezan a preguntarse “quiénes somos”, cuál es nuestra identidad», lo que traerá como consecuencia nuevos conflictos, odios, pasiones, guerras. Bell duda que el liberalismo, por su propia naturaleza pluralista, pueda significar el final de la historia.

Hans Küng²⁷ no cree en ese final de la historia fruto de un determinismo histórico. Pero sí está de acuerdo en que se han producido cambios espectaculares, especialmente en las *grandes ideologías modernas*, que si funcionaron durante años como explicaciones científicas de la totalidad y cuasi religiones hoy se han desvanecido. La crisis también ha cogido de sopetón al progreso, ese gran dios de las modernas ideologías. Es convicción cada vez más generalizada que el progreso económico como fin en sí mismo ha producido efectos inhumanos por todas partes, aunque hayan sido banalizados por ciertos científicos como «efectos colaterales» o hayan sido desestimados por ciertos economistas como «efectos externos» del crecimiento económico.

«La creciente autoafirmación absoluta de una razón que pide cuentas de todo (junto con la libertad de la subjetividad), una razón sin conexión con cosmos alguno, y para la que nada es sagrado, termina por destruirse a sí misma»²⁸. Nada, pues, de un final de la historia, sino de valorar de manera realista una nueva *orientación fundamental*, un nuevo *macroparadigma*, una nueva *gran constelación posmoderna*, que supone no destrucción de los valores, sino de cambios de valores, esto es, desde una ciencia amoral a una ciencia éticamente responsable, desde una tecnología dominadora del hombre a una tecnología al servicio del hombre, desde una democracia jurídico-formal a una democracia viva que garantice la libertad y la justicia...²⁹.

27 Hans Küng, *Pojekt Weltethos*, traducido al castellano por Gilberto Canal Marcos, con el título de *Proyecto de una ética mundial*, Editorial Trotta, Madrid 1991.

28 Hans Küng, o. c., p. 29.

29 Hans Küng, o. c., p. 37.

La ética es no solo una cuestión moral o religiosa, sino una condición sine «qua non» para la eficacia de la democracia política y el mercado económico. «Esta sociedad mundial única no necesita ciertamente una religión o una ideología unitarias, pero sí alguna clase de normas, valores, ideales y fines obligatorios y obligantes»³⁰.

JUSTINO LÓPEZ SANTAMARÍA
Valladolid

30 Hans Küng, o. c., p. 10.